

# **EL DIABLO ME VISITA**

**SeisDoble**



[7]

# **EL DIABLO ME VISITA**

**Susana Hernández**



menos**cuarto**

Colección *SeisDoble*

© Susana Hernández, 2022

© de esta edición, MENOSCUARTO EDICIONES, 2022

Ilustración de portada: MIGUEL NAVIA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-15740-86-5

Dep. Legal: P-281/2022

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4-1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El diablo me visita y, cada noche,  
marchita este jardín con su anarquía;  
y en mala compañía  
me deja a mí, conmigo, a solas.

*(Mi espíritu imperecedero, Extremoduro)*



## CAPÍTULO 1: CASTILLOS DE ARENA

—Bienvenidos un día más a *La ruleta de la suerte*.

Sonia Ruiz, detective en horas muy bajas, subió el volumen del televisor y arrambló el paquete de galletas de chocolate. Quedaban solo dos, y un puñado de migajas. Tendría que levantarse del sofá, adecentarse un poco, y bajar al paki de la esquina. Demasiado esfuerzo. La sola idea le provocó una urticaria inmediata. Para colmo, volvía a llover. Los últimos días de su vida, o acaso semanas, se amontonaban en su imaginario como una sucesión de jornadas clónicas, impregnadas en aquella lluvia sucia y pringosa que, lejos de limpiar las calles y despejar el ambiente, incrementaba la asfixiante sensación de bochorno. La analogía entre el tiempo y su estado de ánimo era de una precisión diabólica. Echó otro vistazo a las calles mojadas de Lavapiés. No pensaba salir de casa, ¿para qué? Disponía de casi todo lo imprescindible: telebasura y canciones de Robe Iniesta. Solo le faltaba algo de comida insana para completar su *pack* de la felicidad. Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba sin salir de casa. ¿Once días? ¿Trece? Tal vez algo más. Total, daba lo mismo. Ahí fuera, en Madrid, y en

el universo entero, no había nadie que la echara de menos, o no tanto como quisiera. Abrió el armario que usaba como alacena. Las provisiones estaban menguando de manera alarmante. Apenas contabilizó dos paquetes de pasta para la sopa; una lata de mejillones en escabeche, caducada desde hacía siete meses; un bote de alubias rojas de aspecto sospechoso y un cartón de leche. Tampoco la nevera y el congelador ofrecían muchas más alternativas. Regresó al salón, y se tapó la cabeza con la almohada, como hacía de pequeña cuando su padre se emborrachaba y gritaba sin sentido. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? Su último caso, por llamarlo de alguna forma más o menos amable, se remontaba a tres o cuatro meses atrás. El típico asunto de cuernos calcado a muchos otros que ayudaban a pagar facturas y caprichos. La diferencia era que, en esta ocasión, todo lo que podía salir mal salió fatal. El cliente estaba convencido de que su mujer se veía con otro hombre y, como en el noventa y nueve coma nueve por ciento de los casos, estaba en lo cierto. Pillar in fraganti a la adúltera fue cosa de niños. Dinerito fácil y a otra cosa, mariposa. El marido cornudo exigía pruebas fehacientes. Las fotos que le proporcionó de su señora, entrando y saliendo de diversos moteles, siempre en compañía del mismo hombre, en actitud claramente cariñosa, no le parecían convincentes.

—Necesito verlo con mis propios ojos.

Sonia miró con una mezcla de lástima y enojo al pobre capullo. ¿Qué coño quería, una sesión de voyerismo masoquista? Se mordió la lengua.

—Le traeré pruebas convincentes.

Si al tipo le iba el latigazo en la espalda, no sería ella la que le fastidiaría el juego. En su afán por complacer al cliente, y conseguir la mejor perspectiva posible de los dos amantes retozando como conejos, se encaramó a lo alto de un árbol que quedaba justo frente a la ventana del hotel de marras. El sol de última hora de la tarde lanzaba destellos traidores listos para deslumbrar al menor descuido. Sonia enfocó el *zoom* de la cámara: la imagen era nítida, y más que definitiva, incluso para el marido más incrédulo de la tierra. Las fotos de su esposa honrando el *Kamasutra* le romperían el corazón a aquel pobre hombre. Mierda de trabajo. Luego pensó en las vacaciones que se pegaría con Esther, en alguna playa canaria, y se le pasó el ataque de compasión. Echó el cuerpo hacia delante, con cierta imprudencia. El impacto del sol raso contra el metal le jugó una mala pasada. Se balanceó sobre la rama y miró hacia abajo, presa del pánico. La altura era considerable. No para matarse, desde luego, pero sí garantizaba un buen trompazo. Pese a que lo vio venir y se aferró al tronco, no pudo evitar la caída. O soltaba la cámara cuyo valor rondaba los dos mil euros, o se par-

tía el cráneo. La decisión fue fácil: adiós cámara. Tras unos instantes de incertidumbre, la rama se quebró con un crujido que presagiaba la peor de las suertes. Sonia osciló en el aire durante unos segundos eternos. Lo último que vio, antes de precipitarse sobre el techo de un Audi plateado, fue a la mujer del cornudo culminando un orgasmo, que así, en la distancia, parecía algo pelicularo, o quizás fuese la maldita envidia. El grito de Sonia, el estrépito de la caída y la escandalosa alarma del automóvil pusieron en alerta a casi todos los folladores infieles y a gran parte del personal del establecimiento. Una multitud de cabezas se asomaron a balcones y ventanas. Rostros relajados, cabellos despeinados, albornoces, móviles en modo grabación. Como las desgracias nunca vienen solas, la caída más viral y cómica en los anales de los detectives privados trajo consigo una clavícula dislocada, un fémur hecho añicos y un Audi abollado, propiedad de la hija del dueño del establecimiento. Sonia sudó tinta para evitar una demanda. Sus ahorros se esfumaron de la noche a la mañana entre minutas de abogados y un acuerdo por daños y perjuicios que incluía la reparación del vehículo atrofiado. No estaba hecha para esa vida, era la triste realidad. ¿En qué momento pensó que saldría adelante? Ciertamente que resolvió algunos casos de mérito, acaso por pura chiripa, o gracias, en parte, a la ayuda de su amigo-socio, Pau, o por lo que fuera. Aquellas victorias, y el dinero resultante, le nublaron el sentido común

y le hicieron creer que tenía un futuro como investigadora privada. Menuda ilusa. La caída del año la devolvió a la tierra, de una manera tan cruel como literal. Tardó semanas en recuperarse de las secuelas físicas y, aún más, en desembarazarse de la vergüenza y la humillación. Dejó de atender clientes, y se encerró en su caparazón con Robe, las galletas de chocolate y la tele, como únicos compañeros de fatigas, al mismo ritmo que un otoño lluvioso y de un gris terco se cernía sobre la ciudad. Al principio, Pau y Esther la visitaban casi a diario, hasta que se negó a abrirles la puerta y, más tarde, a contestar llamadas, incluso los WhatsApp. ¿Por qué no la dejaban en paz? Le apetecía lamerse las heridas en soledad, y atiborrarse de calorías vacías. Poco a poco, las llamadas y los mensajes se espaciaron. Sus dos únicos amigos seguían ahí, cada vez más decepcionados y un poquito más lejos.

El móvil vibró. Su primera intención fue ignorarlo. Vibró de nuevo, y otra vez, y otra.

—Cansinos, por favor...

Tuvo que levantar varias pilas de ropa, bolsas de Doritos y unas cuantas facturas impagadas. Por fin, rescató el aparato. Hablando de Roma. El alud de mensajes era de Pau. Tres audios. En el primero sonaba preocupado, más o menos como siempre en los últimos tiempos.

—Sonia, esto ya pasa de castaño oscuro. No puedes seguir así. Llámame.

En el segundo, el tono era algo más ácido.

—Que digo yo que podrías preocuparte un poco por los demás, ¿no? Ya sé que te la pela todo, pero vamos, que yo estoy muy bien. Gracias por preguntar, Sonia.

El tercer mensaje era un estallido de cabreo en toda regla.

—... Y ya puestos, dime si vas a volver a currar algún día, más que nada para organizarme, sin prisas, eh. No hace falta que contestes este año.

Esperó casi con placer masoquista un cuarto exabrupto, una bronca épica subida de decibelios. Se la merecía, por supuesto. El móvil permaneció mudo. Pau se había hartado de ella. Normal. Ahora sí, necesitaba con urgencia de yonqui una dosis desmesurada de chocolate. Cogió el teléfono con aprensión.

—¿Abdellah? ¿Eres tú?

—Me has llamado a mí, ¿no? ¿Quién voy a ser?

—Vale, vale. Tan simpático como siempre.

—¿Vas a hacer un pedido, Sonia?

—Sí, sí, eso.

—Dime.

—Mejor sube.

—¿Para qué?

—Hijo, no te voy a violar.

—Nunca se sabe. Estoy casado. No quiero problemas con locas.

—Muchísimas gracias, tío. Me estás animando el día. Yo tampoco quiero problemas con gilipollas. Solo... ¿Oye? ¿Eh? ¿Estás ahí? Será posible...

Llamó de nuevo.

—Volvamos a empezar, ¿vale? Buenos días, Abdellah. Quiero chocolate. Lo necesito.

—¿Chocolate? Yo no tengo de eso. ¿Me tomas por camello? Además de loca, racista.

—¡No soy racista, joder!

—Y dices muchos tacos. Todo malo. Ya lo decía mi mujer. Cuando te vio dijo: «Esa no es buena. Problemas». Siempre acierta.

—Mira qué bien. Dile a tu mujer que me compre un número de la lotería. Me refiero a chocolate con avellanas ¿Lo pillas? De eso tienes, ¿verdad?

—Sí, claro. Claro.

—Pues tráeme tres tabletas. Y una caja de Oreo. Tres bolsas de Doritos y también un paquete de donuts de azúcar, y...

—No soy tu criado, Sonia. Baja a la tienda, y págame lo que me debes.

La conversación se cortó de forma abrupta por segunda vez. No hubo una tercera. Abdellah se cerró como una ostra y no se dignó responder sus llamadas. Sonia soltó un suspiro largo. La montaña y Mahoma, ya se sabe. O lo que es lo mismo, no le quedó más remedio que vestirse

y bajar a la tienda. En cuanto a pagar la deuda, tras mucho discutir con el tendero, pactaron la enésima prórroga.

La noche pasó despacio, una más en soledad. Suma y sigue. El mensaje llegó a las 0:27 de la madrugada.

«Buenas noches. Mi nombre es Alejandro Quintero. Quisiera contratar sus servicios. Necesito urgentemente localizar a mi familia. Sufro una enfermedad terminal y es muy, muy importante que vea a mi mujer y mi hija para despedirme de ellas. Responda cuanto antes, si está disponible, por favor. No me queda mucho tiempo. El dinero no será problema. Le adelantaré cuatro mil euros en concepto de gastos y dietas. Le dejo mi teléfono y mi correo. Espero su respuesta.»

¿Cuatro mil euros de adelanto? Sonaba a música celestial. Para celebrarlo, Sonia se ventiló medio paquete de Doritos y el último donut de azúcar. Seguramente, había llegado el momento de renacer cual ave fénix. Comer como una persona normal, hacer deporte, limpiar, atender encargos... Lo haría, pero tampoco corría tanta prisa, ¿no? Le dio un bocado al donut y regresó al sofá.